

insufrible, espantosa. ¡Oh! este es un infierno para una mujer.

Y amar con vehemencia, y sentir dentro del pecho latir agitado el corazón, tener esa necesidad imprescindible de ser comprendida y escuchada por un hombre. . . . y no tener mas que la boca, el desprecio, el aislamiento en torno de la vida. Ser virtuosa, sincera, amable, cándida, y no ser amada porque faltaron ciertas proporciones en la fisonomía, porque el rostro es moreno en vez de ser blanco y mácar; porque el cuerpo es tosco y encorvado, en lugar de ser flexible y airoso; porque los pies no son pequeños, ni las manos torneadas. ¡Oh! pobre Juana, le hubiera valido mas morir en el vientre de su madre.

Nadie quería á Juana, la amistad y el amor eran sentimientos que abrigaba el corazón de la pobre criatura; pero que nunca habia visto correspondidos ni pagados. Solo su madre depositaba alguna vez un beso en la marchita frente de su hija, y le decía: "Dios te bendiga y te guarde, mi linda hija." Juana lloraba entonces de ternura, y era este un momento de placer, vivo, refulgente, hermoso, que como un lampo de luz cruzaba por una existencia oscura que habia proscrito la sociedad con su terrible é injusto anatema.

La edad fué amortiguando, como era natural, los sentimientos y las pasiones de Juana. Cuando era anciana servía y amaba á Dios, que es el único ser á quien podemos acogernos cuando el mundo nos abandona y nos rechaza. En la tranquilidad que proporciona la virtud, encontró la compensación de los padecimientos de su juventud; y al fin murió y subió á la mansion donde no hay deformidades ni imperfecciones físicas.

El mundo, como acostumbra, le hizo justicia despues de su muerte. Muchos de los que insultaron su juventud, decían: "Pobre Juana! Era la mujer mas virtuosa de la tierra."—Yo.

LA AMISTAD.

Despues de la muerte del general Bruyeres, en el combate de Peinechbach, en 22 de Mayo de 813, dijo Napoleon al mariscal Duroc: "La fortuna nos persigue." En efecto, á pocas horas una bala perdida dejó en el sitio al general Kirgenzer, y hierde de muerte al mariscal. La noche y el dolor llegaron para Napoleon; y habiendo dejado marchar á su caballo á discreción, por espacio de un cuarto de hora, volvió atrás; y acompañado de los duques de Dalmacia y de Vienne, fué á la casa de Duroc, en donde estaban reunidos dos médicos y algunos oficiales. El emperador encontró al gran mariscal con todo su conocimiento y manifestando la mayor sangre fría. El mariscal apretó la mano del em-

perador y la llevó á sus labios. "Duroc, le dijo el emperador, *hay otra vida; allí es donde ireis á esperarme, y nos volveremos á encontrar algún día.*" "He vivido, le contestó el mariscal, como hombre de bien, y de nada me acuso: deo una hija, y V. M. le servirá de padre." . . . El emperador estrechando la mano derecha al gran mariscal, tuvo por espacio de un cuarto de hora apoyada la cabeza sobre la izquierda, guardando el mas profundo silencio, que el mariscal rompió el primero: "Ah señor! dejad este sitio: semejante espectáculo os causa pena." El emperador, apoyado sobre el duque de Dalmacia, y su caballero, dejó á Duroc sin poderle decir mas que estas palabras: "Adios, pues, amigo mio." El emperador se volvió al sitio en donde debían armarse sus tiendas: ya era muy noche, y se sentó en una silla de tijera delante del fuego del campamento, en el silencio y en la actitud del dolor: nadie se atrevía á dirigirle la palabra, y cuando se armó su tienda se retiró. . . .

"Duroc, el confidente privilegiado de los pensamientos de Napoleon, el ministro, por decirlo así, de su familia, el compañero de todos sus destinos, de quien se habia apasionado desde la campaña del Piemonte, y el amigo á quien por hábito se habia consagrado, ya no existía; y aquella imperturbabilidad y rara fortaleza de espíritu con que Napoleon habia sabido afrontar grandes y extraordinarios conflictos y contratiempos, no pueden sostenerle á la presencia de las agonías de un amigo: sus fuerzas le abandonan, y se le ve abatido y anonadado hasta el estremo de buscar un apoyo para poder retirarse de la cama de muerte de Duroc. El solemne espectáculo que Napoleon presenta en esta funebre noche, sentado delante de los fuegos del campamento, abismado en el dolor y en la desolación mas amarga, ó si se quiere, hundido en una estupidez estoica á que lo han reducido sus profundos sentimientos por la muerte de su amigo Duroc, es sin duda el triunfo mas glorioso de la amistad. Ya otra vez la del general Bessieres habia dejado en la memoria de Napoleon recuerdos pesados que le conmovían; mas en ésta, la fortuna le atacaba en lo interior de su vida privada, hiriendo cerca de sí, y como por elección particular, fuera de los peligros de la guerra, con el último cañonazo que anunciaba la retirada del enemigo, á un hombre que hacia quince años le habia probado con sacrificios su mas íntima adhesión. Quiere Napoleon que una piedra sencilla sirva en el mismo lugar de monumento á su dolor y á la muerte de Duroc, y el mismo dicta la siguiente inscripción.

"El general Duroc, duque de Frioul, gran mariscal del palacio del emperador Napoleon, herido aquí de un balazo, espiró en los brazos de su emperador y amigo."

No satisfecho Napoleon, hace una fundación religiosa comprando el sitio donde el mismo habia colocado esta piedra con sus propias manos, perpetuando así la memoria de los sentimientos de su corazón, y el homenaje mas sincero á la amistad. En fin, abatido Napoleon en su último reves, quiso buscar una hospitalidad extranjera, y esta hospitalidad convertida en un destierro, por una política odiosa y pífida, debia tambien verle fiel á los dolorosos recuerdos de la noche del 22 de Mayo, y consagrar con su última voluntad el último sentimiento de amistad de Duroc, por su hija. Grande en la prosperidad, grande en los infortunios de la guerra, Napoleon, en medio del laberinto complicado en que se halla de sucesos importantes que se aproximan y que deben influir en los destinos del mundo, se manifiesta aun mas grande en su mismo abatimiento por la muerte de su amigo Duroc, y se le ve engañado y fluctuando entre los pesares y contratiempos de la amistad. Dulce y santa amistad; ¡he aquí tu triunfo!

He aquí tambien la única tabla de que asirse en las borrascas de la vida.

"El hombre (como dice un autor) no debe estar solo. Las almas humanas necesitan estar apareadas para hacer valer todo su precio; y la fuerza unida de los amigos semejante á las hojas de un imán artificial, es incomparablemente mayor que la suma de fuerzas particulares."

En los mequetzinos placeres de la vida, la ofensiva amistad, en sus participaciones y consejos, hace considerar las rápidas ilusiones que por un momento desvanecen: se hace un Mentor, y previene cuanto es posible, el tropel de amargos pesares que sin embargo, muy pronto serán consiguientes. Mas cuando la fortuna ha hecho sonar la hora fatal, entonces, ¡oh! entonces, la amistad se reviste de todo el esplendor de la divinidad: grave, augusta y solemne; poderosa, magnánima, compasiva é indulgente, acoge los gemidos de la desgracia, é inspira consuelos inefables en la desolación. ¡Fervor noble de la imaginación, virtud sublime de las almas grandes, divina amistad, yo te adoro!

He transitado por este mundo, cual todos nosotros transitamos por él, como pobres viajeros de un día, y he visto padecimientos inauditos, y un sinnúmero de dolores, y me he preguntado á mí mismo: ¿Es este, pues, el hombre? ¿Existe solamente para arrastrar una vida trabajosa, y luchar sin descanso con un torrente de males que lo abruman sin consuelo? Mas en breve llegué á comprender que tales padecimientos y dolores son obra del hombre mismo, sepultado en su ignorancia, y corrompido en sus pasiones. Por estos motivos ha desleñado los dulces sentimientos de amistad, que deberían consolarle en su congojosa existencia, y atri-

do ha hecho una parodia de tan sagrado título, y la palabra amigo es un contra-sentido del que significa. ¡Amigo! . . . Al través de este nombre, solo se dejan ver la indiferencia, el egoísmo, el interes, y aun la traición y la perfidia; y víctima de su misma depravación, el hombre se ha condenado á sí mismo al suplicio de devorar sus penas en silencio. ¡Triste condicion, horrible anatema contra la misma humanidad! . . . ¡Ay! Para todos los mortales, cualquiera que sea su clase y su nombre, cualquiera que haya recibido, la pena forma siempre el fondo de su vida; y en tan irrevocable situación, ¡el hombre en su depravada ceguedad, se ha obstinado en no distinguir el único asilo que le queda sobre la tierra! ¿No conoce que cuando en su desdicha le puede quedar un amigo, la existencia aun podrá serle apreciable, y la tierra no presentará á sus ojos un vacío? Reconcentrado en sí mismo, y erizado por decirlo así, de venenosas puntas, por una especie de misantropía, ni aun siquiera el consuelo de la esperanza se ha dejado, y para enjugar su llanto, no podrá decir como otro autor: "No se ha perdido todo en este mundo, cuando se ha encontrado en él á un buen amigo."

Tales son en bosquejo, las reflexiones á que he sido conducido, al ocuparme del extracto de uno de los mas hermosos hechos de Napoleon. Inmenso es el campo en que la imaginación puede discurrir alternativamente entre los sublimes encantos de la amistad y la porfiada ceguedad que la resiste para tormento de la humanidad.—J. de U.

NOVIAS Y NOVIOS.

Un amigo nuestro ha hecho la observación curiosa de que existen en la capital como ciento cincuenta muchachas solteras, hermosas, ricas, bien educadas, y cuya edad es de 18 á 23 años, y solo un par de docenas de novios ricos con quienes puedan casarse. Ojo alerta, elegantes solterones pobres; tenéis el campo abierto con tal que en sana y santa paz, os contentéis con una sola muchacha, y no enamoreis á cuatro á la vez, haciendo con esto notorio perjuicio al aumento de población, á la tranquilidad de las jóvenes y á los que ya se darían de santos en tener aunque fuera una octava parte de novia.

Pensamientos.

En los ejercicios como en los gobiernos despóticos, uno piensa por todos.—Norvius.

La felicidad es una desgracia mas ó menos consolada.—M. Stael.

REVISIÓN DE OBRAS.

CANTOS POPULARES DEL NORTE.

TRADUCIDOS AL FRANCÉS POR X. MARMIER.

ULTIMAMENTE ha llegado á nuestras manos por conducto de nuestro apreciable compañero el Sr. Thivol, editor del *Correo Francés*, la obra que se espresa y que por su originalidad merece que demos de ella una ligera idea á nuestros lectores.

En los viajes que emprendió el distinguido y sabio literato Marmier, al Norte de Europa, llamaron su atención la multitud de canciones y romances que vagan anónimos en la boca del pueblo, y emprendió el asiduo y delicado trabajo de traducirlos y formar una colección, como lo hizo efectivamente, dedicándolos á su alteza real la duquesa de Orleans. Con tal obra, Marmier ha hecho un positivo servicio á la literatura francesa, porque esos cantos, esas coplas y trovas anónimas como las baladas escocesas, como los romances españoles, y como los poemas árabes, dan idea, no de un poeta, no de una literatura, sino de un pueblo entero. ¿Quién no adquiere una idea completa de esa vida poética y singular del árabe, cuando lee el hermosísimo poema de Antar (1)? ¿Quién no se deleita y se contempla trasportado á las elegantes y pomposas cortes de Córdoba, Sevilla y Granada, cuando lee los romances moriscos (2)? ¿Quién, en fin, no participa de esa dulce, y por decirlo así, terrible melancolía, cuando medita esos cantos de Osian (3) en que la naturaleza y los hombres están descritos con su sublime sencillez, con su corteza salvaje; pero también con su poética y sublime ingenuidad? A nuestro modo de ver esta clase de lectura cuando se hace con reflexión, es una de las más interesantes, porque como hemos dicho, se ve reunido en un volumen el talento entero de un pueblo, la imagen fiel de unas costumbres singulares, y la representación viva de una época que pasó, que sin que nadie pensara en ello quedó para siempre consignada en los cantos y romances.

Al recorrer la obra de que vamos hablando, se encuentran algunos cantos frívolos, otros obscenos, otros sin gracia y sin espresion; pero todos ellos tienen un sello característico y singular como los pueblos de donde han tenido origen, y no es difícil encontrar pensamientos ingeniosos, tiernos y preciosos como un diamante. Sirva como una muestra de candor, de ingenuidad y de ternura el siguiente canto que traducimos.

«Rosita sirve en el palacio del rey, y permanece allí durante ocho años.
No era por interés de ganar un salario, sino porque el joven duque le parecía muy hermoso.
El duque se pone en camino para un país extranjero. ¡Rosa, Rosa no ama á otro!
Mientras que el duque permanece en el país extranjero, se obliga á Rosa á que reciba á un conde por esposo.
Rosa entra á su alcoba, y bañada en lágrimas escribe una carta y llamando á un barquero le dice: «Poned esta carta en manos del duque.»
El barquero llega á la tierra extranjera, y pone la carta en manos del duque.
El duque ensilla su caballo moro, y galopa con más velocidad que el viento del pájaro.
Cuando llega al puente del Molinero, mira brillar la luz sobre la mesa de los desposados.
Cuando llega á la casa de su padre, los criados están en la puerta.
Venid, les dijo, y encargaos de dar un recado á Rosita.
Rosa está en su habitación, donde circula el vino y la cerveza, mientras el duque está en la parte de afuera con las mejillas llenas de lágrimas.
Rosa está dentro con el cabello flotante, y el duque afuera sentado en el dintel de la puerta.
A estas palabras, Rosa se levanta de la mesa con tal precipitación, que derrumba las copas de vino y de cerveza.
Se precipita en los brazos del duque, y los dos hablan largo tiempo de los dolores del amor.
Hablan mucho tiempo de los dolores del amor, hasta que espiran abrazados el uno de la otra.
Se coloca á la pequeña Rosa en un ataud dorado, y al duque sobre dos ramos de encina.

«Rosita sirve en el palacio del rey, y permanece allí durante ocho años.

No era por interés de ganar un salario, sino porque el joven duque le parecía muy hermoso.

El duque se pone en camino para un país extranjero. ¡Rosa, Rosa no ama á otro!

Mientras que el duque permanece en el país extranjero, se obliga á Rosa á que reciba á un conde por esposo.

Rosa entra á su alcoba, y bañada en lágrimas escribe una carta y llamando á un barquero le dice: «Poned esta carta en manos del duque.»

El barquero llega á la tierra extranjera, y pone la carta en manos del duque.

El duque ensilla su caballo moro, y galopa con más velocidad que el viento del pájaro.

Cuando llega al puente del Molinero, mira brillar la luz sobre la mesa de los desposados.

Cuando llega á la casa de su padre, los criados están en la puerta.

Venid, les dijo, y encargaos de dar un recado á Rosita.

Rosa está en su habitación, donde circula el vino y la cerveza, mientras el duque está en la parte de afuera con las mejillas llenas de lágrimas.

Rosa está dentro con el cabello flotante, y el duque afuera sentado en el dintel de la puerta.

A estas palabras, Rosa se levanta de la mesa con tal precipitación, que derrumba las copas de vino y de cerveza.

Se precipita en los brazos del duque, y los dos hablan largo tiempo de los dolores del amor.

Hablan mucho tiempo de los dolores del amor, hasta que espiran abrazados el uno de la otra.

Se coloca á la pequeña Rosa en un ataud dorado, y al duque sobre dos ramos de encina.

A Rosa se la envuelve en un lienzo fino, y al duque en un grosero lienzo y en una piel.

A Rosa se la deposita en el cementerio, y al duque al Sur en un lugar lejano.

Pero no tuvo reposo ni día ni noche, hasta que fúé conducido á la tumba de su adorada.

Un álamo crece sobre su sepulcro. Sus ramas son verdes y sus hojas son blancas.

Sobre las hojas blancas está escrito: «Mi padre me responderá en el día del juicio.»

Una novela, un drama entero es este sencillo canto. La pobre Rosa que ocho años había sufrido por amor del duque, se ve de improvviso separada de él, y despues ligada á otro por un nudo indisoluble. El duque llega, y cuando tiene á la pequeña Rosa entre sus brazos, hablan largo tiempo de los dolores del amor y mueren. Mueren de amor porque no tenían ya ilusiones, porque toda esperanza de felicidad había huido de su corazón. Dolor sublime, dolor terrible, que Shakespeare pintó en Julieta y Romeo con tanta delicadeza y maestría.

Ya que hemos leído un canto de amor, leamos otro de religion, que se llama:

NINEZ.

Hubo un tiempo en que era yo muy pequeño; no tenía más de dos pies de altura. Cuando pienso en este tiempo derramo dulces lágrimas y pienso frecuentemente en él.

Jugaba en los brazos de mi tierna madre: cabalgaba en las rodillas de mi abuela, y no experimentaba ni turbación, ni fastidio, ni pesar.

Me parecía que la tierra era mucho más pequeña de lo que es, y al mismo tiempo que era menos mala. Veía brillar á las estrellas como chispas, y hubiera querido tener alas para volar á cogérlas.

Veía inclinarse la luna hácia la isla, y decía: ¡que no esté yo en esta isla sabría de qué tamaño es la luna, y si es hermosa y redonda.

Veía al sol ponerse en Occidente y dormir un momento sobre el dorado seno de la mar, y por la mañana levantarse en el Oriente y enrojecer la superficie del cielo.

Pensaba en el Dios generoso que me había criado á mí, al hermoso sol, y á estas líneas de astros celestes que fulguraban bajo sus manos del uno al otro polo.

Con mi devocion infantil, mis labios tiernos murmuraba la oracion que mi piadosa madre me había enseñado. ¡Oh Dios mío! hacéd que siempre me esfuerce yo en ser sabio, en ser virtuoso, y en obedecerte.

Rogaba por mi padre, por mi madre, por mi hermana, por toda la ciudad, por el rey á quien no conocia, por el pobre mendigo que pasaba suspirando cerca de mí.

Han huido, han huido estos dias felices de mi

infancia: mi calma y mi reposo han huido también con ellos. ¡Oh Dios mío! no me queda de ellos más que el recuerdo; hacéd que no lo pierda jamas, jamas.»

Nada hay más tierno ni más religioso que este canto, en que están trazados con un lenguaje sencillo los recuerdos dulcísimos de la infancia: recuerdos á que ningún mortal es indiferente. Todos tenemos en la vida una aurora. De este género hay otro canto de la creacion, en que se encuentran mil pensamientos hermosos, y algunos de una absoluta novedad. No lo traducimos, por ser muy largo; pero no podemos dejar de poner algunos trozos.

El bardo comienza con un lenguaje bíblico.

«Levántate polvo, y entona un himno de alabanza. Todas las zonas alaban al Señor; todas las naciones bendicen á Dios.»

Luego continúa describiendo los objetos de la naturaleza, sacando la consecuencia, que obras tan maravillosas proclaman la existencia y el poder de Dios, y prosigue de esta manera:

«Tú viste ¡ó Criador mío! correr mis lágrimas, y me enviaste á la mujer con su dulce sonrisa. Me senté en paz en las raíces de la encina, y exclamé: ¡Dios es bueno!

Vi tus astros luminosos brillar sobre la tierra; contemplé el esplendor del sol y mi pensamiento se abismó en la profundidad de los cielos, pero yo estaba solo, y en medio de mi dicha me asaltaba la tristeza. Lleno de deseos me acercaba á un árbol, y despues á otro. ¡Qué árbol del bosque era capaz de comprenderme?

Tú viste, hermano mío, á mis ojos llenos de lágrimas, y otro ser igual á mí salió de entre el bosque. ¡Oh! Dios es bueno, exclamaste. ¡Dios es bueno! respondí yo. He visto la púrpura brillante del oriente, y la luz del día; pero ¡qué es la sonrisa de la aurora, y el rayo brillante del sol! ¡Qué es el resplandor de los astros cerca del fuego que arde en nuestro corazón, cerca de las alegrías de nuestra alma? ¡Oh amor! por tí existimos nosotros. ¡Oh amor! tú eres, eres, y serás nuestra felicidad.

Te alabamos, Dios mío, te damos gracias en el esplendor de tu luz, y en la apacible calma de la vida: reconocemos tu poder y escuchamos tu acento en la oscuridad de la noche, y en el sordo murmullo del terror.

Tu trono se oscurece: el sol se oculta detras de espesas nubes; los sombríos elementos salen del abismo, y tiemblan los cimientos de la tierra. Los valles se elevan y las montañas caen. La llama devastadora se estiende sobre las olas, y al traves de las ruinas se ve brillar la luz de los relámpagos. En medio del tumulto y del fracaso de las montañas que crujen, y de las rocas que se rompen, el carro de tu justicia misteriosa

(1) Viage al oriente de La-Martine.

(2) Romanesco.

(3) Macpherson.

riosa rueda con el fragor del rayo al través del cielo.

¡Dios justo! ¡Dios terrible! Desde el polvo en que yacemos escuchamos tu palabra."

Pocos trozos pueden darse mas sublimes que estos. La moda, el refinamiento, el buen gusto literario moderno tendria trabajo para producir hoy estas salvajes y aterradoras armonias del Norte bellas como sus auroras boreales, á la vez que graves y rudas como sus hielos eternos.

Para concluir traduciremos un canto pequeño; pero delicado como una margarita.

EL ARROYO.

"La jóven está sentada en la orilla, y baña sus pies en el arroyo. Un pájaro que vuela en el aire le dice: Doncella, ten cuidado, porque si turbas la tranquilidad del arroyo ya no se reflectará el cielo en él. La jóven alza sus ojos bañados en llanto y exclama: No te afijas al ver que se turban estas ondas, porque ellas se tranquilizarán muy pronto; mas cuando un día me viste sentada al lado de un jóven, debías haberle dicho.—No turbes la alma de la jóven, porque no se tranquilizará jamas, ni volverá á reflejar en ella el azul del cielo."

Hay en la coleccion de que hablamos, multitud de cantos guerreros, dignos de traducirse. Por ahora nos contentamos con lo dicho, reservándonos á insertar mas adelante los que juzguemos que deben agradar á nuestros lectores. —M. P.

A MI AMIGO D. GUILLERMO PRIETO,

EL CANTICO DE DAVID.

Traducción del libro 2.º de los Reyes, cap. 17

CONSIDERA ¡oh Israel desgraciado!

Quiénes son esos fieles soldados
Que su sangre vertieron osados,
Y sus vidas perdieron tambien;

En tus mismas montañas miraste
De tu pueblo la flor caer herida,
¡Cómo el fuerte ha perdido la vida!
¡Cómo el bravo ha humillado la sien!

Que en las plazas de Get y Ascalon,
No se escuche la fúnebre nueva;
Que no el gozo agite y conmueva
De sus hijas el cruel corazón.
Que no entonen alegres cantares,
Que no el gozo las haga saltar;
Que tal vez no podrán escapar,
De la espada del hijo de Sion.

Y que á tí, malhadada Gelboe,
Ni el rocío ni la lluvia te riegue
Tus campañas, primicias le niegue
De Judá al poderoso Señor:

Porque en tí, de los fuertes las armas
Y de Saul el escudo glorioso,
Se manchó con tu cieno asqueroso,
Cual si unguido no fuera por Dios.

Jonatas, nunca, nunca, fué en vano
De tus flechas el tiro violento,
Que teñidas en sangre al momento
Las miraste al contrario rasgar.

Y la espada de Saul tantas veces
Que de gloria se vió coronada,
Y jamás se miró desnudada
Sin estrago y horror derramar.

Jonatas y Saul siempre unidos,
En valor y hermosura lucieron.
Mas ligeros que el águila fueron,
Mas valientes que indomito leon.

De la vida en la senda intrincada,
Siempre unidos los vemos marchar,
Ni aun la muerte los pudo apartar,
Que á la vez perecieron los dos.

Llorad, pues, tiernas hijas de Israel,
De Saul en la tumba funesta;
Recordad que en concierto y en fiesta,
Os vestía de púrpúreo color;

Que ceñía vuestra esbelta cintura
Y los brazos torneados y el cuello,
Y adornó vuestro hermoso cabello
Con el oro mas rúbico que el sol.

¡Cómo el bravo ha podido morir
Del combate en el choque violento!
Y un hermano tambien ¡ó tormento!
En la cumbre de Gelboe fatal.

Jonatas, caro hermano del alma,
Tan gallardo como un ángel bello,
Cual de amor ardoroso el destello,
Amable eras, querido mortal.

Yo te amé con aquel mismo amor
Que una madre á su fruto primero;
Con amor puro, tierno y sincero,
Que del alma es el único bien.

Y las armas heroicas de Israel
Allí dieron tremenda caída;
¡Cómo el fuerte ha perdido la vida!
¡Cómo el bravo ha humillado la sien!

Tehuacan, Agosto 21 de 1843.—Francisco de Paula Estrada.

PENSAMIENTOS.

No se conoce el hombre, y cree conocer al
corazon de los demas.

La enfermedad de amor es la mas terrible que
hay en el mundo.

ARQUEOLOGIA.

UN VIEJO MUNDO EN EL NUEVO.

Bajo este titulo se halla en el núm. 2 del tomo 2.º de esta miscelánea, un artículo traducido del *Correo* de la Europa, en que los señores editores de este periódico manifiestan las utilidades que resultarian de una asociacion de soberanos, para explorar las ruinas del Palenque, suponiéndolas anti-diluvianas. Tal pensamiento es grande, importante y benéfico en sus resultados, pues sobre las noticias publicadas por tantos sabios, que llamáremos máximas, se harán otras mas pormenores, que pondrán en su verdadero punto de vista unos paises que hasta hoy no han sido ni estudiados ni comprendidos suficientemente: tomarán movimiento multitud de cosas que están adornadas: se conocerán otras nuevas: se apreciará lo que hoy se abandona, y se verá con desden lo que todos codician y todos anhelan: algunos pueblos se convencerán que el bien y prosperidad de estas repúblicas, no es incompatible con el mayor y mas productivo espendio de su industria; y en fin, la civilizacion actual será para ellas una luz que las guie, y no un relámpago que las deslumbré.

Naturalmente yo, que tanto amo á mi patria, tuve grande satisfaccion al leer el mencionado artículo; pero ella subió mucho al notar una muy importante coincidencia con mis opiniones, respecto á la historia antigua y á la geografia mexicana, pues casi en unos mismos dias escribia mi "Coife de Perote," cuyas lavas me han servido para rastrear una remota poblacion, cuando en Europa se rastrea tambien esa misma poblacion, tomando por punto de partida al Palenque: en otros varios conceptos nos hallamos conformes aquellos señores y yo; mas como seria sumamente raro el que en todo estuviésemos de acuerdo, hemos disintido en la época en que existieron aquellas gentes, y por supuesto en la catástrofe que hizo perder su memoria.

No una vana presuncion de saber, ni la mal entendida gloria del acierto, me estimulan á hacer algunas observaciones en apoyo de mis conjeturas; las haré por un sincero deseo de esclarecer esta importante materia, con aquella cortaduría del que conoce su poco caudal literario, sujetándolas al mejor juicio de dichos señores, y sobre todo, para que no se establezca una base

equivoca, que en un asunto tan grave seria muy trascendental.

Es sabido que el territorio mexicano se eleva repentinamente poco mas ó menos, 1120 toesas sobre el mar, dejando solo una faja de tierra baja, que forma las playas del Océano Pacifico y del Seno Mexicano: sobre aquella "Mesa central" montan aun multitud de cordilleras de cerros que se suspenden hasta 1645 toesas sobre ellas, y que mantienen las nieves perpetuas mas diseminadas que creo que se encuentren en ninguna parte, y de aquí se siguen naturalmente esos singulares fenómenos de gozarse de unas temperaturas frescas, sanas y deliciosas, viviendo en tierras cuyos antipodas se abrasan constantemente. Estos caracteres del pais, la inesperada produccion de ciertas plantas, la existencia ó desaparicion de tales enfermedades, y otras cosas demasiado visibles, están tambien al alcance de todos; pero falta aun mucho que investigar para hacerse cargo del influjo tan rápido, tan variado y tan estenso que tiene en todas las cosas, la sola y simple elevacion de la tierra; y así es que los cálculos que se fundan en analogías de aquel y este continente, son generalmente equívocos, pues solo mirándolo puede uno persuadirse que en la latitud de México hiele casi todos los veranos; que en las costas de Tamaulipas los noroestes del invierno hagan bajar el termómetro cerca de cero; que los hombres de la tierra caliente apenas soporten el frío si suben veinte leguas; y que unas mismas razas de animales hayan variado tanto; que el caballo en las costas de Veracruz sea exactamente el grabo por su figura, su mansedumbre y su velocidad; que los de la Mesa central en todo conserven el brio y las monadas de los andaluces; y que los del Nuevo-Santander tengan el tamaño casi de los frisonos, con su fuerza á indole pacífica; yo mismo no hubiera presentado algunos vislumbros de estos contrastes en mi "Bosquejo geográfico del Departamento de Veracruz" si no me relevara de la nota de esagerativo la facilidad que todos tienen de confrontarlos con los originales.

El sistema de demostracion que es necesario para esta clase de discusiones, me ha hecho for-

mar el preámbulo antecedente, para decir que el templo de Gozo y las ruinas que se han encontrado en escavaciones hechas en Europa, no pueden probar que sean anti-diluvianas las del Palenque; y para fundar mi alegato, creo que el camino más seguro es el cesaminar cómo obran hoy el aire y la lluvia sobre esta tierra, para deducir humanamente el cómo obrarían en aquel castigo de Dios.

Apenas se verifica la mas pequeña lluvia, que no sea acompañada y aun precedida de un viento impetuoso, de modo que puede asegurarse que ni una sola vez deja de romper algunas vidrieras: otras ocasiones, no tan frecuentes, arranca los árboles, destruye las casas, arruina las siembras, y en casi todas las temporadas anuales se notan que las culebras de agua (mangueras) caen con furia, y forman esas barrancadas (torrentes) que destruyen cuanto encuentran, siendo comunes en las Antillas que los huracanes asolan las poblaciones; y en nuestra república hemos visto hace poco, que ellos pasaron por tierra á Sotola-Marina y otras ciudades de Tamaulipas, y que toda lluvia fuerte que dura dos horas, aniega los planes sobre que cae, ó forma las barrancadas que en un instante aplanan los edificios mas robustos, como sucedió hace dos meses cerca de México, cuya Escoma municipalidad promovió inmediatamente informaciones para la seguridad de la capital, por este suceso, y por el aspecto imponente que tomaron las aguas que nos rodean, luego que las lluvias fueron un algo mas de lo regular: de aquí es que si en el estado natural de las cosas, el viento y el agua destruyen muchas veces los edificios, en la disolución completa de uno y otra, no hubieran podido las casas del Palenque resistir á su impulso: mas supongamos que no fué así, sino que el agua fué cayendo según lo corriente, sin otra diferencia que su mayor duración, y entonces es evidente que estando dicha ciudad en la inmensa ladera que es por todas partes según la he delineado en mi "Bosquejo geográfico," las corrientes que descendieron por ella llevaron una fuerza que apenas se puede calcular, si se atiende á un descenso de diez ó mas leguas, y á una masa de agua espantosa: nuestro hermoso y cillibre Puente Nacional situado entre Jalapa y Veracruz, presenta también otro punto de comparación, pues es constante que cuando el río ha subido hasta el arranque de los arcos, el puente todo se estremace tanto, que no hay persona tan atrevida que lo pase, hasta que las aguas han bajado; y si esto sucede con una obra sólida, construída con todas las reglas para burlar el impulso de las aguas de solo un río, resistirían las paredes del Palenque el choque de tantos raudales! Pero permitamos también que el Palenque resistió á estos combates, y que ha-

biéndolo cubierto pacíficamente las aguas niveladas ya con la mar, quedó libre de sus estragos; en este caso tenemos otro orden de destrucción, pues como es sabido, cuando la mar, los lagos, &c., pasan de cierto tamaño y cierta profundidad, tienen siempre y en la mas tranquila calma esa inquietud desde la superficie hasta su fondo, que yo he observado en mi "Viaje de Tampico á Veracruz," y cuyo vaiven sería horroroso en unas aguas que tuvieron miles de brazas de hondura, y cuyo rozamiento no dejaría sobre la tierra mas escrociencias que aquellas tan fuertes como las montañas, ó tan elásticas como el olivo, de cuyas dos cualidades carece el Palenque.

He leído también una observación puesta en el Diario de nuestro gobierno, núm. 2970, y tomada del mismo Correo de la Europa bajo el título "Palenque," en que se supone anti-diluviana esta ciudad, por la comparación de que si un buque subsiste muchos años debajo del agua sin ser destruido, lo mismo subsistiría el caserío de ella: digo á saber, que los casos no son iguales, pues si se ha sacado algun barco de alguna bahía ó otro parage de aguas mansas y de poco fondo, no sé que nunca hayan permanecido enteros los bajeles sumergidos en mares abiertos y en grandes profundidades, ni comprendo cómo puedan sacarse ni reconocerse asertivamente los cuerpos grandes que se hallan á mas de cien brazas de fondo. — Tendrían menos las aguas del diluvio! — Pueden hacerse ademas pocas de observaciones el intento; pero bastará decir que un barco es un vaso boca-arriba, cuyo punto de gravedad está en su centro, y que una casa es una tapadera boca-abajo, cuyos puntos de gravedad están en su alrededor: que un bajele es capaz de grandes movimientos sin destruirse, aun estando sumergido en el agua, y que una casa no es capaz de moverse con fuerza aun estando fuera de ella, sin ser destruída; cuyas diferencias son tan notables que no pueden hacer un argumento al caso.

Las anteriores observaciones obran en mucha parte en la disminución de las aguas pasados los cuarenta días que duró el incesante llover, pues como hoy vemos, los ríos, las lagunas &c. corren á juntarse con la mar, atropellando y venciendo cualquiera obstáculo; mas teniendo la tanta analogía este procedimiento con lo que se ha referido, será prudente dejarlas al discurso del bondadoso lector. Sin embargo, es necesario hacer una que presencian todos los años los habitantes de las costas: toda creciente de los ríos y toda irrupción de la mar por momentánea que sea, deja en la tierra multitud de palos, de piedras, de basura, de animales muertos, y en suma de cuerpos pesados, que por su choque ó su gravitación destruyen generalmente las obras que tocan; luego habiendo quedado sobre aquel

caserío tanto de estos escombros los desplomaron ó derribaron necesariamente.

Esas materias que se han encontrado en uno de los patios del Palenque, nada me parece que prueban en un país en que han sido votados á grandes distancias cuerpos de toda clase, aun aquellos criados en inmensas profundidades debajo de la tierra, y en prueba de esto tenemos por los años de 1790, hizo su última erupción el pequeño volcan de San Andrés Tutla (cuarenta leguas en la costa Sur de Veracruz) y sus cenizas cayeron muchos días en esta ciudad y en la de Oajaca, que está mucho mas distante.

Tampoco debemos tenernos á la semejanza de los edificios y demás cosas del Palenque, con lo que encontró H. Cortés sobre la mesa central de la república, pues notándose hoy esas mismas variaciones por las causas que he demostrado, los efectos debieron ser iguales en aquellas gentes á los que nosotros estamos palpando una choza de los pastores de cerca de Perote, es una verdadera cabaña suiza (1223 toesas sobre el mar) y desde ella se ven claramente sin necesidad de antejo, las aguas del río de la Antigua á cuyas márgenes están los mismos juncos que hay en el Congo y Carabali. ¿Es esto creíble si no se ve?

La historia civil y geográfica, es á mi juicio, como un monton de materias que han revuelto los tiempos; por consiguiente, cuando se trata de entresacar alguna de ellas, conviene formar un camino de probabilidades, tomadas aun de las disemejanzas, si se les nota cierta coincidencia: bajo estos principios yo he formado mi pobre concepto de las muchas opiniones que he leído y de los datos que presta el país, y desde luego me parece, primero: que hasta ahora no hay pruebas para creer que aquí hubo gentes antes del diluvio. Segundo: que las que hubo después no fueron de raza asiática, y si que tuvieron relaciones con el otro continente. Tercero: que su extinción ó gran disminución fué por esa revolución volcánica en que todos convienen. Cuarto: que la Mesa central de la república, por lo menos estuvo despoblada mucho tiempo hasta la llegada de los asiáticos.

Parece por último que debe formarse una opinión sobre quienes construyeron esa ciudad del Palenque; digo, pues, que es muy natural el que los pobladores de la mesa central aniquilados ó asustados por tantas y tantas reventazones volcánicas, huyeran hacia el Sur y se establecieron en Tabasco, prolongándose tal vez á las Antillas después de fundar el Palenque, cuya grande extensión no es de extrañarse si se atiende á que las guerras, el sistema de agricultura, y el gobierno de aquellos pobladores, propendían á reunirse toda una nación en un solo caserío, cuya práctica se vió entre los mexicanos

por igualdad de circunstancias. Si Cortés no tuvo noticia de la repetida ciudad, esto no prueba que los habitantes no la tuvieran; los cuales están por que fueran dominados por los descendientes de los asiáticos; ó por su comunicación íntima con ellos, se mezclaron de tal modo, que se hicieron imperceptibles las diferencias de unos á otros: sin embargo, las astucias militares que usaron contra los españoles, la mejor organización de las tropas que los opusieron respecto á las de los mexicanos, el haber conservado la vida por mucho tiempo á dos españoles, y la refinada educación de Doña Marina, son pruebas de que allí existía una cultura superior á la de las demás naciones que ocupaban el territorio hoy mexicano.

Para recapitular lo espuesto en una sola proposición, digo que de ninguna manera se anda el hilo histórico de los pobladores de este país después del diluvio, que suponiéndolo roto por esa catástrofe volcánica que á mi juicio ha sido el suceso mas notable ocurrido en el mundo después de su total inundación: acaso este suceso formó esta grande elevación de terreno; acaso él abrió el Seno Mexicano; y acaso hizo también esas grietas, barrancas, que refiere el Bosquejo geográfico que he citado; por esto creo de la mayor importancia que los inteligentes se dediquen á cesaminar el país bajo todos aspectos; y como acaso se creará que yo intento el desvanecer el propósito de los reconocimientos anti-diluvianos llamando la atención á otra parte, declaro que nada de esto pretendo, pues mis deseos son el que esos reconocimientos se verifiquen, y que aun mas, se hagan otros sobre la multitud de objetos que encierra el país, pues los mas felices resultados que puedan ofrecer aquellos no pueden compararse con las ventajas que se obtuvieran de estos. La Inglaterra por ejemplo, sabrá que un buque que salga de Londres puede arriar el costado á los mismos cortes de cuanta madera, cordage, betunes, y resinas quierda para su armada. La Francia verá igualmente en donde puede tomar todos los diversos metales para su minería. La Alemania escogerá á su placer los terrenos y las temperaturas que conserven y reproduzcan á sus hijos, redimiéndolos de la mortandad que sufren en otras emigraciones, y en fin, se verificará esa tan soñada crisis agrícola, mercantil, y artista, que tarde ó temprano ha de operar una revolución civil en el mundo, que traerá inmensas ventajas á la humanidad.

México, 1.º de Septiembre de 1843.—N. J.
(Escrito para el Museo.)

La avaricia es mas fuerte en el corazón de los viejos, que el amor en el de los jóvenes.

ALBERTO Y TERESA.

I.

Agosto 14 de 184....

ERAN las diez cuando te vi por la última vez. La mañana estaba hermosa. El sol disipando unas ligeras nieblas que se extendían sobre las praderas como un crespon flotante, se levantaba magistoso y espléndido por encima de las montañas. Los pájaros cantaban y revolaban gozosos, las flores abrían sus cálices, y las gotas de rocío fulguraban como diamantes en las hojas de los naranjos. El cielo azul radiaba con el oro de los rayos del sol; las flores despedían aromas, y el viento traía á su paso los cánticos de los labradores, el balar de las ovejas, el bramar de los toros, y todos esos mil sonidos alhagüeños de la naturaleza, cuando bulliciosa y festiva se aparta de los brazos de la noche para bendecir con su voz sublime á los genios de la luz. Y tú estabas allí, Teresa, tú que con tu cabello entrelazado con anémona y madreselva, con tus mejillas teñidas por el carmín de la juventud, y tu vestido blanco como la nieve, parecías el ángel de la mañana, que con su aliento dá perfume á los campos, y con sus pequeños dedos rosados abre las azucenas y los jazmines. Tu aliento, Teresa mía, es mas suave que el aroma de las flores; tu voz mas melodiosa que el canto de los ruiseñores, y tus ojos mas bellos que el cielo azul de mi patria. ¡Tú me has oído decir quien era Rafael! Pues bien, si Rafael te hubiera conocido, habría pintado sus vírgenes copiándote á tí. La mañana estaba espléndida, te acuerdas, Teresa? Me tomaste de la mano y ambos bendecimos á la naturaleza; ambos respiramos el soplo que Dios envía al mundo todas las mañanas; ambos vimos á los colibrís, esas flores con alas, chupar la miel de las rosas; ambos.... Cuando el hombre es desgraciado, Teresa mía, vienen como genios maléficó á atormentar su mente los recuerdos de los instantes de ventura.

Me fué forzoso separarme de tí sin decirte adiós, sin recibir tu última mirada, sin estrecharte contra mi corazón, sin encargarte á tí, ángel de pureza y de candor, que rogaras á Dios mitigara las amarguras de mi alma; porque, creo, desde el momento en que vi desaparecer ante mis ojos las torres de la ciudad que te ví nacer, toda idea de felicidad y de sosiego ha huido de mí. He atravesado maquinalmente muchas llanuras, mu-

chos bosques, muchas montañas; estoy nada mas que á sesenta leguas de tí, y sin embargo parece que una eternidad entera nos separa, que el horizonte que tú ves, no lo miraría yo en un siglo de camino. Esta idea me oprimía el corazón, el pecho me dolía, y un manantial de lágrimas comprimidas me alagaba. Lloré como llora un niño, como llora una muger, ó mas bien dicho, Teresa mía, como se llora cuando se ama. Las lágrimas me han quitado un poco la horrible opresión del corazón; pero después me he puesto á pensar, ¡qué haré yo con los días, con las horas, con los instantes de mi vida? Esta idea me vuelve loco. Decididamente en todas partes voy á encontrar fastidio, y este deseo continuo, irresistible, de aspirar una felicidad que huye como una sombra delante de nosotros, vá á consumir lentamente mi vida. No obstante, Teresa, la esperanza es el final de nuestra vida, y cuya luz nos acompaña hasta la tumba. La esperanza me dice que te volveré á ver pronto, que otra vez vibrará tu voz musical en mis oídos, y que aun podré dar un casto beso en tu frente de ángel.

Por lo que mas quieras en la tierra, escribe-me. Me parece que te has muerto; otras veces creo que te alegrarás de mi ausencia, á que el amor de otro te hará olvidarme. Esta idea es atroz. Perdonámelas, ángel mio; pero qué quiere, el amor es desconfiado y algunas veces hasta ridículo.

Adiós, bien mio. Sé feliz, y recibe el corazón de tu—ALBERTO.

II.

Agosto de 184....

Teresa adorada: Ocho días he estado devorado de una fiebre ardiente y delirando con tu memoria, recordando en mis agonías aquellas pequeñas quehaceres de que los amantes hacemos tanto capital. Los cuidados y atenciones de unas pobres gentes que me ofrecieron su choza, sus vigillas, sus cuidados y sus oraciones, á mí, hombre desconocido, desesperado moribundo, me han reconciliado con la vida; he bendecido la misericordia de Dios, de quien quizá habia blasfemado. Perdon, Teresa mía. Esto te asustará á tí tan religiosa y tan pura. Mil veces perdón.

Habrás recibido probablemente mi primera carta. Qué sé yo qué cosas te decia en ella. Te

hablaba de la luz, de las flores, de los ángeles, de todo, porque mi cerebro estaba en un estado de agitación indefinible. ¡Qué disparates decimos los amantes en esos momentos! Tú los disimularás.

Ahora han pasado los instantes de delirio; pero me agobia una tristeza letal, una desazón continua, un presentimiento vago de desgracia que hace á cada momento saltar á mi corazón. ¡Qué será esto, Teresa? Decididamente conozco que no podré vivir si no es á tu lado, respirando el aire que tú respiras, mirando lo que tú veas, sintiendo lo que sientas. Mi mundo estaba reducido al pequeño recinto de limones y naranjos donde nos pasábamos; mi sociedad á tu compañía, y mis placeres en agradarte. ¡Qué haré yo, Teresa, en este tumulto, en esta vorágine que se llama sociedad, donde es menester estudiar una sonrisa y una caravana, poner una cara festiva cuando el corazón está devorado de pesar; hablar, reír, murmurar, cuando no quiere el alma otra cosa mas que el silencio y la meditación! ¡Crearé los elogios que me tributen! Juzgaré amigos á todos los que me estrechen la mano! ¡Miraré como protectores á los que se sienten conmigo en la mesa á tomar café! ¡Oh! ¡qué terrible es esta sociedad, donde hay un continuo cambio de sarcasmos é injurias! ¡Qué atroz es lo que se llama política, cuando no enseña mas que á cubrir con un falso velo los sentimientos del corazón! Me he convencido que en esta vida solo tres personas son capaces de amar desinteresadamente: la madre, el padre, la esposa. A mí, pobre huérfano, no me ha quedado mas amor que el tuyo, Teresa. A mí, hombre combatido por la suerte, no me ha quedado en quien creer mas que en tí. El día que tú no me amaras, no creería ni en el amor, ni en la amistad, ni en la patria, ni en nada. Tú romperías la ilusión mas benéfica, la esperanza mas alhagüeña, el consuelo mas dulce que tiene el hombre, la religión. No lo harás, Teresa; estoy seguro de ello.

Ya mas restablecido, me juzgo con fuerzas para continuar mañana mi camino. Un camino largo, desierto, solitario, en que la tristeza me devora. Cada día de camino, nueva atmósfera, nueva horizonte, nuevas montañas nos separan. Esto es terrible.

Sé feliz, Teresa, y consuela con una carta al que te idolatra.—ALBERTO.

III.

Agosto de 184....

Alberto mio: Te has separado de mí sin decirme adiós! Sin estrecharte la mano, sin que siquiera nuestras miradas, quizá por la última vez, se cruzaran y se comprendieran. ¡Oh! Una separación es horrible, mucho mas cuando habia pensado que solo la muerte podría dividir

nuestra existencia, y.... ¡qué digo! La muerte.... La muerte nos habria abierto las puertas del cielo para no separarnos allí nunca, para amarnos en el seno de Dios. ¡Sabes, Alberto, que cuando supe que te habias marchado estuve á punto de volverme loco! ¡Sabes que ese día no tuvo para mí ni el sol luz, ni las flores aroma, ni los gorgoros de las aves melódica! ¡Ah, Alberto! porque tú creas desde el momento en que me abandonaste. Si vieras cómo pesa la soledad en el corazón de la muger; si contemplaras cuán amargas son nuestras horas; si te persudieras de lo terrible que son esas noches en que las lágrimas de nuestros ojos empujan las almohadas, y la fiebre y el delirio se apoderan de nuestros sentidos; si reflexionaras cuánto es el sufrimiento de esas vigillas, en que ni se vela ni se duerme, y una fantasma inmóvil, fea, terrible, repasa en nuestra conciencia? Todo esto lo sufrimos, lo sufrimos; pero no lo podemos explicar. ¡Lo comprenderás tú, Alberto! Participarás de mis sufrimientos? Sí, amor mio, sí, dime que entiendes mis quejas, porque de lo contrario me moriría de pesar.... Aquí llegaba yo, el llanto caía de mis ojos, algunas lágrimas borraron las líneas ya escritas, y necesité reposar un momento para poder continuar. En esto, el Sr. B. entró á mi cuarto y puso en mis manos tu amabilísima carta. La abrí, recorrí ansiosa todas sus líneas, y cerciorada de que ninguna mala fe habia acontecido, volví á leerla de nuevo, y.... Alberto, la sé de memoria pues hace tres días que no he hago otra cosa mas que leer tu carta, mojarla con mi llanto y secarla con el fugo que devora á mi corazón. Me he visto tentada de ponerme en camino y seguirte hasta el fidel mundo si fuere necesario; pero ¡dónde va una pobre muger sola que no sabe los caminos, que nunca ha pisado mas que el umbral de su casa y el de la iglesia!.... ¡Oh, Alberto! vuelve pronto, muy pronto, si no hallarás mi frente pálida, mis mejillas hundidas, mis labios secos, mi corazón sin fuerzas para latir.... Hallarás tal vez un cadáver. Vergüenza me da decirlo, porque vas á creer que soy una muger de novela, con un vértigo no me deja continuar esta carta, y aun temo que no comprendas estas últimas líneas.

Alberto, no abandones á tu amiga, á tu hermana, á la que tú has llamado en tiempos mas felices tu amada y linda Teresa. Dios te dé felicidades, y á mí el consuelo de que tanto necesita mi alma.

IV.

Septiembre de 184....

Gracias, ángel mio, gracias por tu amable carta que he besado una y mil veces; gracias por que me enviaste en ella las lágrimas de tu amor

gracias porque me amas, mucho mas de lo que yo merezco.

Todas las desgracias, niña mia, tienen su compensacion en este mundo. Separar cientos de leguas de una querida, es azotes pero recibir una carta suya llena de ternura y de entusiasmo, es lo mas dulce que pueda imaginarse. Vuelva el consuelo á tu corazón, Teresa; reaníme la esperanza á tu abatido espíritu, pues mi vuelta debe ser pronto, muy pronto; acaso cuando menos lo pienses te tendré entre mis brazos, y entonces nos uniremos para no separarnos jamas. En la vida tendremos un mismo lecho, en la muerte una misma tumba, en el cielo un mismo asiento... qué sé yo; estas ideas tienen algo de lúgubre, y como no quiero te entristezcas, te voy á hablar de otra cosa. ¿De qué te hablaré...? A propósito, ¡si vieras que espectáculo tan magnífico, tan sorprendente, es el que se goza á la entrada de México: una vasta llanura verde se desarrolla á la manera de un lienzo en el panorama. En esta llanura hay esparcidas, ya las casas de magníficas haciendas, ya las chozas humildes y pintorescas de los labradores. Por donde quiera que se dirija la vista, se encuentra ó una graciosa y delgada torre que se dibuja en las montañas azules, ó un pueblito que como una isla flotante, parece que reposa en la niebla; ó un grupo pintoresco donde hay árboles, corderos que pacen la grama, bueyes que surcan la tierra con el arado, flores silvestres que crecen á las orillas de los arroyos... ¡Oh! todo es lindo, muy lindo. Acercándose mas se percibe la reverberacion de los lagos que como inmensos espejos están tendidos á los piés de la coqueta ciudad. Despues se ve el grupo de montañas del santuario de Guadalupe: despues las sombrías y colosales torres de la catedral: despues, cúpulas de azulejos, y torres encarnadas, y miradores, y casales y almenas que parece brotan de una canasta de flores. ¿Sabes lo único que faltaba para animar este cuadro?... ¡Ah! todo me parecia triste, solitario, desierto, porque mi Teresa no estaba á mi lado, porque el ángel de mi amor no sobaba su aliento vivificador en esta escena. Si tú hubieras estado conmigo, me habrias estrechado la mano, habria tu corazón palpitado de júbilo... pero yo estaba solo, enteramente solo. ¡Qué suerte tan fatal!

Aun hay tiempo para que antes que me ponga en camino me contestes esta carta. Hazlo, Teresa, porque de lo contrario no tiene momento de tranquilidad tu infortunado—ALBERTO.

V.

Septiembre de 184... .

Esposo idolatrado: Cuando recibí tu segunda carta, me hallaba en una hacienda distante cinco leguas de esta poblacion. Mi excelente

madre ha comprendido los martirios que sufre mi corazón, y trata de mitigarlos haciéndome variar de objetos. ¡Vano esfuerzo! ¡Qué me importa que haya en la hacienda un hermoso y cristalino estanque de agua? ¡Qué me importa que la huerta esté llena de flores y de árboles frutales?... Tanto valdria habitar un desierto lleno de espinas y malezas. Para mí todo es igual hoy; todo lo veo con indiferencia; solo el recuerdo de Alberto vive eterno, fijo, inmutable en mi corazón. Volverte á ver y estrecharte en mis brazos es lo único que desco.

¡Cuánto has padecido, mi pobre Alberto! Enfermo, solo, sin mas auxilio que el de Dios, has debido pasar terribles momentos, parecidos á los que yo he tenido que soportar; al fin, la vista de tu patria, de tu familia y de tus amigos, ha debido consolarte algun tanto; pero yo, Alberto, nada tengo que me consuele. Instantes de desesperacion: un deseo de dejar de existir; largos dias en que no tengo mas ocupacion que llorar. Creo que ya te he dicho esto mismo en otra carta; pero te lo repito, porque es la historia única de las mugeres, suspirar, llorar, sufrir en silencio.

Me he atrevido á darte el título de esposo, y no sé si habré hecho mal en esto. Recordé los juramentos que me has hecho mil veces, y como están de acuerdo con los sentimientos de mi corazón, no he vacilado en llamarte esposo mio, y en considerarte ya con todos los derechos de tal. ¡Qué falta, Alberto, para que legítimamente nos unamos para siempre! Nada, mas que la bendicion de un sacerdote... Yo estoy loca, Alberto... Falta todo, todo, puesto que no somos felices, y estamos á tan inmensa distancia uno de otro. Todos los dias paso largas horas en la iglesia, arrodillada en las gradas del altar pidiéndole á Dios que seas feliz, y que me dé valor para soportar los contratiempos que temo nos sobrevengan.

Recibe el tierno corazón de tu querida, de tu amiga, de tu esposa que te idolatra.—TERESA.

Omitiré los demas cartas que por espacio de seis meses continuaron escribiéndose los amantes, porque seria alargar demasiado esta historia. Todas ellas estaban concebidas en el lenguaje melancólico y apasionado de amantes separados á gran distancia y cuyo único consuelo es la dulce esperanza de reunirse otra vez para no separarse nunca.

Pasaron despues como tres meses sin que Teresa recibiera una sola letra de Alberto. Mil dudas asaltaron á la pobre niña; mil tempestades levantaron los celos en su inocente corazón, mil tormentos incomprensibles sufría en las horas de cavilaciones y silencio en que se consideraba abandonada por su amante, y á este gozando de las delicias del amor, en brazos de

otra muger.—¡Qué infelices son los que aman!

Un día que ocurrió como de costumbre en busca de cartas, recibí una con el sobre de una letra desconocida. La abrió y leyó:

«Soforista, el que iba á ser esposo de vd. ha muerto traspadado de una bala, me encargó en su agonía que noticiara á vd. esta catástrofe. Su nombre de vd. fué el último que vagó en sus labios. Era un excelente muchacho, y amaba á vd. mucho. Llórelo vd. con las lágrimas de una querida. Yo he derramado sobre su tumba el llanto de la amistad.

Sea vd. feliz, si puede serlo despues de una pérdida tan dolorosa, y disponga de su servidor, que le B. L. P.»

Teresa sonrió tristemente al acabar de leer esta carta y dijo á media voz: «Todo se acabó para mí en el mundo.»

El dolor de Teresa era de esos dolores profundos que matan el alma y el cuerpo al mismo tiempo. Esa sonrisa triste y helada era como el último pétalo que el viento arranca de la flor marchita. Todo se habia acabado efectivamente para la pobre niña, hasta las lágrimas de sus ojos y los gemidos de su corazón. Teresa desde ese día resignada y conforme, aguardó la muerte con tranquilidad: la alegría no aparecia en sus ojos; las rosas de la juventud pintadas en sus mejillas emblanquecieron poco á poco; los contornos airosos de su cuerpo perdieron su morbidez; su frente siempre estaba bañada de un sudor helado, y sus pulsos agitados y calculatorios; por último, Teresa se consumia lentamente como si un veneno de esos que matan por grados, destruyera sus entrañas. Teresa era de esas almas sencillas, virtuosas y ardientes, que nacen para el amor; educada lejos de la corrupcion de las ciudades populosas, desconocia los artificios de la falsa política, y no sabia mas que amar; porque le parecia que era el único sentimiento digno de alimentar la existencia de una muger. Cuando muere la esperanza, es preciso que muera tambien el cuerpo. Teresa moria de amor.

Un día Teresa se sentó al piano y moduló uno de esos preludios melancólicos como las últimas vibraciones del harpa del poeta; como los últimos gorgoros del ruiseñor de Julieta. La pobre criatura sonreía tristemente, y las armonías de la música hicieron correr dos lágrimas por sus mejillas: las primeras que habia derramado despues de la muerte de Alberto, y las últimas que tenia su corazón. Se escuchó el galope de un caballo, y á poco momento Alberto tenia á Teresa entre sus brazos; pero no era un cuerpo virgen torneado y bello el que estrechaba en su seno: era una imagen pálida de la muerte; una sombra de esa hermosura celestial; una

flor sin aroma, sin color, que lentamente habia marchitado el viento de la desgracia.

—Teresa, Teresa mia, estoy aquí para hacerte dichosa, para volverte la salud, la felicidad, la vida.

Teresa entreabrió sus ojos, tomó una mano de Alberto, la llevó á sus labios, y dijo con una voz apagada:—Has llegado muy tarde, Alberto mio: mi alma ya á volar al seno de Dios, y solo allá nos retiraremos.

—Teresa, bien mio, deja esas ideas melancólicas que me desesperan; alienta, reposa en mi seno, vive para que seas feliz.

—Estoy mas tranquila, Alberto: tu presencia es para mí, como la del ángel invisible que guía nuestros pasos.

Teresa se puso al piano, y aun hizo resonar algunas notas tiernas y sonoras, como la voz del cenizante; pianas y dulces como el tímido canto del canario. Despues Teresa inclinó en el respaldo del sillón su hermoso busto pálido, y todo quedó en silencio. Teresa no existia ya: su alma voló en brazos del ángel con las últimas vibraciones de la música.

He aquí la historia de un amor malogrado: historia dolorosa de esas que en el silencio del hogar doméstico se repiten diariamente sin que nadie lo advierta. ¡Cuántas mugeres se enferman, se marchitan, y se acaban lentamente devoradas por una pasion oculta, que concluye por llevarlas á la tumba! ¡Cuántas existencias pomposas y alegres acaban de repente, sin saberse la causa de su mal!—Pero estas muertes súbitas solo tienen lugar en esas mugeres cándidas, con una alma de niño, y un corazón de paloma, que no conocen ni la sociedad, ni la corrupcion del mundo, para las cuales el amor es un sentimiento puro y santo; que forman una religion en su alma, y que quieren anticipar en este mar de miserias y crímenes que se llama mundo, uno de los gozcos de los ángeles. La pobre Teresa era del corto número de estas criaturas que van á la tumba con el cenital de la inocencia; y era preciso que cuando vió malogrado su amor, que era el sol de su corazón y la luz de su alma, muriera, y muriera de amor.

Restáanos ahora tratar la rápida pero tambien terrible y dolorosa historia del *hombre solo*.

El que sea huérfano, el que no tenga una familia; el que tenga que llorar en silencio en su humilde retiro los dolores de su corazón; el que tenga una alma sensible y vea á la muger no como un ser caprichoso y voluble, sino como un ángel enviado por Dios al mundo para dulcificar nuestra miserable existencia, comprenderá lo que es un *hombre solo*. Un hombre solo es un árbol sin hojas, una flor sin aroma, un arroyo sin agua, un campo sin verdura. ¡Que son las diversiones y las orgías de la sociedad para el

hombre que tiene su corazón seco, su alma enferma, su pensamiento sin objeto? ¿Qué es en fin el hombre, cuando le falta una mujer á quien amar? ¿Qué es la vida, cuando se estingue el fuego que mantiene el alma? ¿De qué sirve la existencia cuando no hay unos ojos que nos hablen el mudo pero sublime idioma del amor; ni una mano á quien estrechar en la desgracia, ni un corazón que comprenda el nuestro? Así, cuando se han apagado estas dulces ilusiones de la vida, cuando se han disipado esas imágenes de felicidad que un tiempo relaban en nuestro pecho y nos dormían con sus mentirosas promesas, vemos el mundo descarnado, horrible; la traición, el vil interés, la ambición, la mala fé, la falsedad, dominan é imperan en la sociedad; los mas santos lazos, las mas sagradas promesas se rompen, se violan á cada instante, y en vano se busca un destello de virtud que alumbrase este caos de vicios. Esto es lo que sucede al hombre solo que pierde á la mujer á quien amaba, y esto es lo que sucedió á Alberto.

Cuando se depositó en su postrera y funeral habitación el cuerpo de Teresa, Alberto rezo sobre su tumba, la regó con lágrimas, y se separó de aquel lugar, dejando en el sepulcro de la mujer que amaba, todas las ilusiones, todas las esperanzas de su vida. El sepulcro, pues, recibió los restos de la querida y la dicha del amante.

Era para él lo mismo un lugar que otro; en todas partes la indiferencia y el fastidio lo seguían. Se resolvió pues, á viajar; y efectivamente se embarcó con dirección á Nueva-York. El mar, ese gran espejo de Dios, apenas le causó admiración. Llegó á los Estados-Unidos y vió un pueblo egoísta, ocupado enteramente del mercantilismo y la ambición. Esto no podía consolarle. Se resolvió á embarcarse para Europa; quizá esa nación francesa, grande, inteligente, pensadora, le proporcionaría algún alivio.

Se dió á la vela en el vapor Presidente. A los seis dias un banco de hielo chocó con el vapor, y la mayor parte de los pasajeros y tripulación perecieron. Alberto fué uno de los que encontró su tumba en medio del Océano.

¡Felicidad grande, porque hombre solo no debe vivir en el mundo!

Septiembre de 1843.—MANUEL PAYNO.

EL COPLERO Y EL PUBLICO.

Poco á poco, críticos religiosos; moderad vuestro celo, porque perderéis vuestros latinajos.
EASASMO.

Como iba de mi cuento; los que imaginan que la gloria del poeta es envidiable, no tienen mas que recorrer la historia de Camoens, del Tasso, de Cervantes, y la de Andrés Chénier.

Por juez tiene á una sociedad que se cura de todo lo que le afecta por el momento; pero que no fija nunca su atención en el fondo de un pensamiento nuevo que envuelve, ó el destino futuro de un pueblo, ó el drama animado del hombre, cualquiera que sea el suelo en donde haya nacido.

Ahora, si descendemos á cierta fracción pequeña de esa misma sociedad, que por sus hábitos es cosmopolita, por sus tendencias gusta de la anarquía, y por las opiniones que manifiesta es absoluta, ¡pobre del poeta que cae en sus garras! A él toda la culpa de los males que padece; y luego tiene que sufrir la rechifa con que soezimiento lo regala su presuntuosa ignorancia.

Nada; deseché vd. la idea de que los comediantes sean en el fondo lo que aparentan, ora en la escena, ora en el trato común, siempre tendrán la ficción presente, y considerarán á vd. como un personaje ficticio, y el mismo público á sus ojos no será mas que simple compará, delante del cual hará el papel de siervo unas veces, y otras de señor. Siempre comedia, ¡pobre amigo! siempre farsa, y lo peor es que los comediantes de profesión serán la imagen viva de nuestra ruin especie.

¿Quiere vd. darse de mí? Encierre su comedia bajo de siete llaves, y no pase por la censura de ese areópago, que cuenta el mérito de la pieza por el número de versos mas ó menos hinchados que le caben á cada uno de los personajes. ¡Poeta dramático quiere vd. ser, y poeta en México? ¡Guarda, Pablo! Compre vd. un cordel y alórquese mejor. ¿Qué razon tengo para darle tan inmoral consejo? Escúcheme vd.

Me hallaba en la edad de las pasiones ardientes y generosas, como á vd. sucede hoy; mil mundos de poesía rodaban entonces por mi cabeza, y queria dar á luz algunas de las creaciones que debían inmortalizar mi nombre según imaginaba. Por desgracia, los modelos que á la vista tuve, fueron Comella, Valladares y otros, esto es en cuanto á versificación: por lo que respecta á preceptos, solo conocí á Montiano; mi manía ó *dadá* era entonces la tragedia.

Creíame afortunado al ver que podía lucir mi buen ingenio, componiendo un alegórico melodrama, y que no sería estéril tan improbo trabajo, porque acertó á estar en la ciudad una compañía de cómicos de la legua, y me propuse que representara ella mi composición.

Algo entendía yo de achaques galantes; comencé á ingeniar me con la primera dama, la señora Leonarda, y seguí adulando á su buena madre, D^a Tecla, como apuntadora de la compañía. Tener de mi parte á una y otra era muy esquisita diplomacia, era contar con el favor de la nobleza histriónica.

Partía con el barba D. Píoquinto Moreira, los cuartejos que tenía; le pagaba lo que bebía en la

taberna; y cuidado que su vientre era poderoso por lo inmenso; pero así podia disponer de su buena voluntad para conseguir mi loable objeto.

Paradisiario fantástico de las tres unidades, no me separé de ellas al escribir mi obra. *Iuribide en Iguuala* fué el título del melodrama histórico-alegórico-patriótico. Después de fusilar el héroe á seis españoles sospechosos que usaron palabras duras contra el libertador en la plaza, se levantó el patibulo, pero allí precisamente. El reino de México estaba representado por una matrona y se le aparecía tambien en la plaza: como la tal matrona emplumada lo condujo en el carro de su imaginación hasta la capital, le hizo ver su coronación, su destierro, y su muerte; mas todo en la plaza: tenaz el héroe como todos ellos, grita independencia, suenan chirriñas, reaparece México, y después de los versos siguientes que á *Iuribide* dirigía, cae el telon muy á mi gusto, porque me parecia todo lo mas peregrino del mundo. Juzgue vd. del brocado por la muestra.

En tí el Argel prolijo
Me ha vuelto el mejor hijo
En recreo de rosas y claveles,
Haciendo á mis *argeles* mis *vergeles*.
En tí la oscuridad de aquella sombra
Que tuvo por alfombra
Desde aquella caída,
Cuando en un árbol tropezó mi vida,
A vista de este sol que luces crece,
Melrosa huye y se desaparece;
Con que con luz no escasa
Dentro, en mi pecho pasa,
Para mas gloria mia,
Lo que á ti te ha pasado con el día;
Pues para mayor palma,
Divina luz me amaneció en el alma,
Que *unida en suavidades*,
Dia volvieste las oscuridades.
En tí, en fin, se ha cifrado
Todo mi bien: en tí mi gloria he hallado.

Segun el plan del melodrama, ¡dígame vd., amigo, si estos requiebros de la patria no salen á pelir de boca, y si no es muy natural que los pronunciará entusiásticamente! Presentar ella en 1821 el purrenir á su campeón, me parece que estaba autorizado por el ejemplo de la sacerdotisa troyana que anunció su desino al buen *Agamenon*, y todo en un mismo lugar delante de los mismos personajes.

Argumento mas clásico é interesante, no puede darse: sucesion no interrumpida de sucesos tan sorprendentes y extraños, vauamente se buscarían en los mejores dramaturgos (voz tan nueva como pintoresca).

Pues bajo los auspicios de mi concepcion portentosa, con el patrocinio de las damas, hija

madre, con la inapelable aprobación del barba, el *galan* se puso de uñas coningo disimuladamente y á una parte considerable del público lo dispuso en mi contra.

¿Qué movió tamaño encono? ¡Ay amigo! era coplero, tenía buena educación, me distinguía en su afecto la graciosa Leonarda; y él, antiguo poseedor de su cariño en otro tiempo, rabioso de celos, me puso en berlina con los espectadores, y me precipitó en un abismo del que jamas he podido salir.

Pero dirá vd. ¿qué tenía el público de comun con el poeta? La actriz les guiñaba desde la escena; cada uno entendía que para sí era tan señalado favor, y hétéme aquí sin pensar, rival de todos mis jueces, que solo llevaban al teatro pasiones y no recto criterio.

Tuve la desgracia de que la vispera de la noche en que debía representarse mi drama, la compañía puso en la escena una comedia á lo divino. Era el argumento, la persecucion de Santa Geoveva: una *bruja* muestra cierto espejo al marido, en el cual ve la infidelidad de la casta esposa; indignado el saca la espada para matarla, cuando ¡raro caso! el pazon barba que hacia de vieja quiere volar, se rompe la *soga* y da un barrigazo furibundo sobre los tocadores del fagot y clarinete que inmediatos estaban. Todo fué palmoteo y cenerada: hicieron levantar á Moreira y aplaudieron el golpe que se dió como lo mas brillante de su representación.

Era la memorable noche del 16 de Septiembre de 1825, aniversario del glorioso grito de Dolores; noche de alegría para todos y de inquietud para mí; con todo, tenía confianza en la bondad del *ilustrado* público, que juzgaba yo recibiría perfectamente mi obra. La dama estaba empedrada en hacerme lucir, y el barba con todo el porrazo anterior, se comprometió á desempeñar lo mejor que sabia, el personaje de *Echivarrí*.

Tan solo el *galan* se manifestaba frío, y no vestido cual yo queria; pero semejante desaliento lo consideraba como genial en la mayor parte de los *galanes*, y aguardaba que mi ardimiento poético lo animara tan luego como recitase algunos versos de mi diestra mano.

Es de advertir que el teatro era una plaza de gallos de Tepic (lugar del suceso), que el forero chico, que no se usaba concha para el apuntador, y que todas las decoraciones se reducían á una sala común y á un bosque. ¡De qué suerte se podían realizar entonces como ahora, las producciones dramáticas. Menos era posible persuadir al espectador de que se representaba un suceso verisímil cuando veía correr al apuntador con vela en mano, detras del telon, y á los actores casi ahogados al lienzo, á guisa de figuras de tapiz flamenco.

Luchando con tantos inconvenientes se abrió la escena; el galán comenzó á darme mala espina cuando en vez de decir de los *piés al colodri-lló*, gritó al *cocodrilo* (risotadas del público y soponcios mios). En lugar de pronunciar *encierro perpetuo*; también gritó *entiervo*, y yo era el muerto, pues el digno espectador aplaudia.

¡Oh amigo del alma! Aquel javali cuya figura todavía me persigue, aquel histrión maldito, en el segundo acto, hizo un retrucano infernal que me puso en ridículo, porque debiendo exclamar:

Antes el cielo se desplome y hunda,

con voz estentórea pronunció *desplume*, é yo tan solo fui á quien pelaron impiamente por su causa. *La maretta sorda* de Moratin la oí bramar con toda su elocuencia. . . . Yo temblaba como si tuviera frío de cuartana, y el galán se reía fuertemente de mi martirio. Pero se había concluido el acto.

Seguia el tercero viento en popa y recobraba mi vigor, cuando levantado el telon de boca, el público aguardaba algun personaje que no aparecía en la escena. La apuntadora, que como toda vieja flaca, era iracunda y esencialmente biliosa, con anteojos afanzados en su aguda nariz, con voz gangosa, vela en la mano izquierda, y en la derecha el drama, gritaba que gritaba á Severiano el galán: éste no parecia.

Por mi mal, el telon de bosque en lugar de tener plomo en el extremo, le hacia peso un palo mas largo que el telon, éste era un tercio menos ancho que lo que aun se veía del foro. La vieja sin saber cómo, se puso precisamente mirando para el bastidor opuesto encima del palo: pedía rabiosa la venida del galán y el cambio de decoracion al mismo tiempo; de suerte que sin aguardar mas subieron el bosque. No era este un mal, sino que la vieja cuando menos pensó cabalgaba en el susodicho palo: atendiendo únicamente á su seguridad, arrojó comedia y vela, y afanzada como un murciélago á tela vieja, no la soltaba, y de vez en cuando exclamaba. . . . Señores, que me mato! Señores, no me aflojen! . . . Los espectadores por diversion gritaron: ¡no queremos *brujas!* ¡Fuera las comedias de brujas! . . . Un silencio general hubo por el momento; despues llovieron naranjas sobre la infeliz apuntadora. . . . cayó el telon. . . . En cuanto á mí. . . .

—¿Qué sucedió?

—Prometi no escribir mas comedias para el público.

—¿Pero si es ilustrado?

—Siempre hay vulgo.

—¿Si es benigno y cortés?

—Siempre es vulgo, amigo mio; abandone vd. esa mania: cualquier accidente ageno del poeta, basta para ponerlo en ridículo: luego hay de zollos envidiosos un enjambre que nadie puede di-

sipar; agregue vd. á esto, que el poeta como es el máurir de la sociedad, ella que presente la gloria de aquel, se complace en hincar su emponzoñada garra en la reputacion del que allá en la posteridad los cubrirá de ignominia.

—De ignominia?

—Si, porque ningun poeta deja de pintar á su época, queriendo representar otra; y porque destruir los abusos existentes por medio de la palabra, y con el ejemplo derrumbar los crímenes de los poderosos, es una lucha desigual que sostiene contra el fanatismo, de un mundo que jamas perdona ni menos agradece á quien le enseña y le mejora.

México, Septiembre 14 de 1843.

(Sacado de las *Memorias de Quirina*.)

LA LÁGRIMA PERDIDA.

SOLITARIA pasó ante mi pupila;
Solitaria en mi párpado vacila,
Y sola rodará.

Las demas, como plomo derretido
Cayeron en mi pecho, carcomido
Con los pesares ya.

Cual la trémula gota de rocío
Cae del árbol, la recibe el río,
Y la devora el mar;

Así mi ardiente lágrima olvidada
Irá á morir al golfo de la nada,
¡Oh Elvira! á mi pesar.

¡Ultima vibracion del harpa rota!
¡Ultimo brillo de la luz que azota!

El yerto septentrion!
¡Unica muestra de un dolor sublime!
¡Unica voz con que en silencio gime
Marchito el corazon!

¡Ay! esta sola lágrima destruye
Todo mi juventud; con ella huye
Mi esperanza, mi pezo:
Quema do pasa, y mi dolor no cede. . . .
¡Será tal vez la última que rueda
Por mi pálida faz!

Esta lágrima cruel, dentro del seno
Con mi sangre formada y el veneno
De un secreto pesar;

Esta lágrima inútil que aniquila
El seco corazon de do destila
Tras largo suspirar;

Esta trémula lágrima de fuego
Que quema mi virtud y mi sosiego,
Mis creencias, mi fe:

Estéril ¡ay! sin brillo y sin potencia
Caerá en la infecunda indiferencia
De la muger que amé!

Agosto 31 de 1843.—C. COLLADO.

PANORAMA DE MEXICO. LAS PEÑAS CARGADAS.

Distrito del Real del Monte.—Departamento de México.



LAS PEÑAS CARGADAS.
Distrito del Real del Monte.

Se está publicando actualmente en Londres una obra titulada (*Mexican Scenery*) Escenas de México, acompañada de litografías que representan algunos de los paisajes sorprendentes de nuestra naturaleza. Hasta ahora han llegado á nuestras manos dos entregas solamente, y de la primera hemos tomado la lámina que ofrecemos á nuestros benévolo suscritores del Museo, y la cual representa un grupo de peñascos gigantes de pórfido, sobre los que se observan otras inmensas rocas que parecen colocadas artificialmente. Esta singularidad unida á la frondosidad de los árboles que vegetan al pié de esas caprichosas montañas, y á las tintas variadas que forman en el horizonte la no interrumpida sucesión de lomas y cerros de la cordillera central de la república, hacen que la vista de que se trata, sea una de las mas sorprendentes y agradables que puedan imaginarse.

La litografía del *Mexican Scenery* está acompañada de una descripción que aunque no está hecha, con mucha imaginación, ni valentía, sí dá á conocer el interés que comienza á inspirar en Europa, todo lo que pertenece á México.

El *Mexican Scenery* se espresa así:
Entre los muchos, bellos y magníficos sitios de México, pocos hay que presenten una mas rica y variada escena que el distrito del Real del Monte, á mas de 9000 piés de elevación sobre el nivel del mar. Se extienden aquí sobre las elevadas montañas y en los profundos y románticos valles y llanuras, dilatados bosques de pinos y encinas, mezclados de arbustos, matorrales y abundantes plantas diversas; mientras que en otras partes sobresalen aisladas de los lados ó cima de las montañas, ó de entre la espesura de los bosques, enormes masas columnares de roca de pórfido, tomando frecuentemente tales figuras fantásticas, que la imaginación puede figurárselas como á los gigantes Titanes, guardando el paso de la selva.

El dibujo representa la vista de uno de los mas notables de esos grupos de peñascos, llamado las Peñas cargadas, situados á cosa de tres millas al Oriente de las minas del Real del

Monte. Se encuentra en el diario de la residencia en México del capitán Lyon, una buena descripción de la escena. "Hay cerca del rancho del Guajolote, uno de los mas preciosos sitios de rocas pintorescas que jamás he visto, llamado las Piedras ó Peñas cargadas: son de una formación particular en columnas colosales aisladas de pórfido, que descuellan sobre los pinos del lado opuesto en un profundo y montuoso valle. Varias están agobiadas por anchisimas masas de roca, desprendidas como la del Logan en Cornwall. A la derecha de estos notables pilares se separan las montañas, y la vista vaga espaciosamente al Sur sobre vastas llanuras, interrumpidas aquí y allí por montuosas barrancas, y limitadas á lo lejos por los sombríos picachos de las montañas, mas allá de las cuales los volcanes de México vuelven á mostrar sus nevadas cumbres."

Seria de desear que los artistas á quienes la naturaleza dotó con genio para trasladar al papel con el pincel ó la pluma estas maravillas de la naturaleza, se dedicaran á pintar y describir la multitud de sitios hermosos en que abunda la república, y principalmente el Departamento de México. Por nuestra parte hemos publicado algunas descripciones con el título de Panorama de México, y lo continuaremos haciendo con el *Chorro de S. Miguel, la cañada de Querétaro, el Desierto, las minas del Real del Monte*, y otros lugares donde haremos nuestras escursiones luego que nuestros quehaceres nos lo permitan. Entretanto, repetimos que las columnas del Museo están á la disposición de los que gusten honrarnos con este género de producciones, pues nuestro deseo es nacionalizar cuanto sea posible este periódico.—EE.

BOLETIN SEMANARIO.

El día 12 falleció la Esena. Sra. D^a Agustina Bonilla, esposa del Esco. Sr. D. José María Tornel. Esta apreciablesima señora, era un modelo de virtudes privadas. Su existencia fué de